

**don eugenio pereira salas
premio “atenea” 1967**

El autor del ensayo que se incluye a continuación, el historiador don Eugenio Pereira Salas, fue distinguido en el año 1967 con el Premio "Atenea", máximo galardón literario y científico que confiere la Universidad de Concepción a un autor nacional.

En aquella ocasión integró el jurado el pintor nacional y Director de la Pinacoteca de la Universidad de Concepción, señor Tole Peralta, quien emitió sobre la "Historia del Arte en el Reino de Chile", obra presentada por el señor Pereira Salas, la siguiente opinión, en carta dirigida al Director del Departamento de Difusión Universitaria. "Atenea" aprovecha esta oportunidad para dar a conocer dicho documento, inédito hasta la fecha, que analiza en su justa dimensión el gran mérito de una obra que es hoy reconocida como clásica en la historia del arte americano.

CONCEPCION, 20 de junio de 1967

Señor

Milton Rossel

Director del Depto. de Difusión Universitaria,

PRESENTE.

DISTINGUIDO DIRECTOR Y AMIGO:

Para emitir esta opinión que a usted adeudo, me fijé la lectura de un número determinado de páginas: algunos capítulos (los más afines con mi genuina ocupación), uno que otro párrafo disperso y notas cogidas al azar. Como no tuve el libro a mano sino en estos últimos días, me fue imposible leerlo todo: la "Historia del Arte en el Reino de Chile" del señor Eugenio Pereira Salas exige dedicación, un tiempo lento, paréntesis de meditación, lectura espaciada: pienso, no obstante, que basta hojearlo para que se nos hagan patentes sus virtudes.

Erudición, rigor y transparencia, exactitud histórica, todo bañado en atmósfera de auténtica poesía, tal es, en síntesis, la impresión que nos da su lectura desde las primeras páginas, impresión que se viene acentuando a medida que el autor precisa los contornos definidores de una época, "el Reino de Chile", a través del inventario, el análisis y la descripción de su patrimonio artístico. Con maestría, con objetividad nos devuelve desde un pretérito que a los profanos se nos antoja elemental y vago, un hecho concreto, una realidad tangible. Trastrocando la frase en que dice de los escritores de la Colonia que "detienen los hechos y encrespan su lenguaje para transformar las sensaciones, a veces táctiles, olfativas y gustativas del arte, en descripción de lo visto", podríamos afirmar que el historiador —me refiero al señor Pereira Salas— trasmuta lo que pudiera ser la simple descripción de un objeto de arte, en sensaciones táctiles, olfativas y gustativas.

En efecto, desde el fresco y agrisado olor de la cal al más denso de los esmaltes y barnices, uno recorre infinidad de variaciones a lo largo de la lectura, lo mismo en lo que respecta a los colores, a sonidos, a los ámbitos y entrantes y salientes de la arquitectura; las correspondencias, las imágenes asociativas revisten

el dato desnudo y, sin sustraerle al tiempo y al espacio que por derecho propio le pertenecen, lo proyectan, sin embargo, hacia nosotros en perspectiva, en distancia y con su pátina inefable. Así, por ejemplo, cuando nos describe el claustro de la primitiva iglesia de San Francisco, nos dice de un patio “umbrío de flores, con un aire de sobria y austera gravedad”; y cuando nos retrata a un fraile artista: “vivió este pintor una intensa vida compartida en suaves meditaciones religiosas que iba apuntando con menuda y nerviosa caligrafía gótica en un diminuto devocionario”. ¿No tiene esta descripción el claroscuro, la luz íntima, el esmalte y la pátina de una pequeña pintura flamenca?; la alusión fugaz de “alfombras que apagaban los pasos de los fieles en las tarimas de los altares”, “las murallas que pintadas primitivamente en círculos de grandes rosas, conservan la coloración azul mística”, todo, esto, desde “la olorosa madera de ciprés” hasta el adobe, nos hace respirar en este libro ese aroma, nos hace oír ese rumor de honrada artesanía que, quiérase o no, asocia este período colonial nuestro a la inmensa Edad Media y al autor de “Historia del Arte en el Reino de Chile” con el gran Huizinga a quien por otra parte el mismo invoca, con modestia y extrema lucidez, en la Introducción de su libro.

Sin embargo, el autor no quiere hacer sino historia: “Nuestro empeño ha sido estrictamente histórico, —dice— Creemos que para una correcta comprensión de este desarrollo es necesario trazar de antemano las firmes coordenadas cronológicas en que pueden situarse las fábricas arquitectónicas y las obras de creación. El lector encontrará en este libro, además del agraciado comentario de lo que han hecho nuestros ilustres antecesores, multitud de datos inéditos, nombres desconocidos, personalidades ignoradas, descripción de cosas perdidas, conjunto de noticias que asienta en base más sólidas la especulación estética o filosófica”. Así lo dice con su característica exigencia intelectual, y tiene razón. Pero lo uno no quita lo otro. Después de todo, este su libro de Historia es una Historia de Arte y la obra de arte es una realidad complejísima que supera en mucho el plano de lo puramente intelectual, se proyecta más allá de su propia estructura. Lo es-

pecífico, lo constitutivo de ella no reside en el objeto susceptible de descripción. Muy poco podría ahondar en la historia del arte un historiador privado (y abundan, lo están casi todos) de sensibilidad artística.

Felizmente con el señor Eugenio Pereira Salas ocurre lo contrario, por eso mismo parece que su gran sensibilidad le reprime, le asusta un poco. No debe ser. La sensibilidad no es nunca excesiva si está guiada por un recto entendimiento, por una disciplina intelectual. A simple vista nos percatamos de con qué encomiable laboriosidad, con qué perspicacia el autor, al exponernos las concepciones estéticas de sus "ilustres antecesores" las revisa otra vez a la luz del documento original y la versión que nos entrega a nosotros —siempre con medida, muy sensible, objetiva y casi impersonal— es la suya propia. Partiendo de la base que, desde el momento en que muestra un hecho el historiador se compromete, porque de uno u otro modo lo interpreta, el mejor partido es hacerlo a fondo; para esto, no es necesario prestar el ser de uno a las cosas, ni mucho menos a las cosas artísticas, sino vivirlas, vivirlas para luego expresarlas. Y todo lo que se vive auténticamente se vive con honda sensibilidad.

¿Cómo podríamos concebir de otro modo, que en esta empresa tan acosada de datos, documentos, referencias y alusiones se mantenga continua, inalterable esa corriente cordial de la vida? Pienso que tan solo un erudito que fuese a la vez un artista pudo realizar la hazaña. Encadenado por los hechos está, a la vez, liberado por su visión artística; primero vivió en el laberinto y es por eso que ahora puede "verle" desde fuera, en todo su conjunto.

En resumen, mi opinión personal es que se trata de una obra magnífica y necesaria, una obra de la que ya no puede prescindirse para cualesquiera intentos de interpretación del arte de un período de nuestra Historia, el período originario, y esto aunque llegásemos a la conclusión —no tan peregrina y enorme como parece al primer enunciado— de que, después de todo, en materia de pintura no originó propiamente casi nada. Mas, aquí no se trata de esto. Se trata de que es una obra esencial para la comprensión del período que trata. Esa es mi opinión, repito, y rue-

go a usted que en ese estricto sentido la acoja y no en el de un informe, precisamente; si el informe encierra algún tufillo de "calificación" sería una impertinencia de mi parte ya que la obra del señor Eugenio Pereira Salas sobrepasa en mucho mis propios conocimientos.

Saluda atentamente al señor Director,

TOLE PERALTA
Director